

**DEL RECONOCIMIENTO DEL DIOS DEL AMOR A LOS
CONCEPTOS DE RELIGIÓN Y RESURRECCIÓN DE LA CARNE
EN MIGUEL DE UNAMUNO**

*FROM THE RECOGNITION OF THE GOD OF LOVE TO THE
CONCEPTS OF RELIGION AND THE RESURRECTION OF THE FLESH
IN MIGUEL DE UNAMUNO**

ARRATE APARICIO MARCOS

Doctora en Filosofía
Investigadora en Fundación Rafael de Unamuno
Universidad de Salamanca
Salamanca/España
arrate.aparicio@gmail.com
ORCID: 0000-0001-5946-1571

Recibido: 14/02/2022
Revisado: 28/06/2022
Aceptado: 12/09/2022

Resumen: El presente artículo tiene como objetivo dar a conocer la lucha interna que mantuvo Miguel de Unamuno entre su razón y su fe, lo que repercute en su confusa búsqueda del Dios de la razón y, consiguientemente, su reconocimiento del Dios del amor. De esta suerte nos adentraremos en su concepción de religión y resurrección de la carne, que nos hará determinar que la historia que nos une como cristianos es historia de amor. Todo ello queda enriquecido por notas inéditas sobre el tema, escritas por Unamuno y localizadas en su Casa-Museo de la Universidad de Salamanca.

Palabras Clave: amor; Casa-Museo Unamuno; Dios; fe; razón; religión; Unamuno.

Abstract: This paper is aimed to reveal the internal struggle that Miguel de Unamuno maintained between his reason and his faith. This inner stress affected his confused search for the

* Este trabajo se ha beneficiado de una beca de colaboración en tareas de investigación por parte de la Cátedra Francisco José Ayala de Ciencia, Tecnología y Religión de la Universidad Pontificia Comillas. Mi agradecimiento al equipo de la Casa-Museo Unamuno –de ahora en adelante, CMU– de la Universidad de Salamanca por el apoyo recibido en la consulta de los fondos personales de Miguel de Unamuno, así como en la localización de las notas inéditas que se presentan.

God of reason and, consequently, his recognition of the God of love. Thus we will analyse the unamunian's conceptions of religion and the resurrection of the flesh, which will lead us to understand that the Christian history is a love story. All these subjects are enriched by unpublished related notes thereof, written by Unamuno and located in his Casa-Museo of the University of Salamanca.

Keywords: love; Casa-Museo Unamuno; God; faith; reason; religion; Unamuno.

INTRODUCCIÓN

De todos es sabido que la crisis religiosa y espiritual, de conciencia, que padeció Miguel de Unamuno en 1897 supuso un antes y un después en su vida a la hora de sentir su fe, vivir su creencia en Dios a través del dogma cristiano, y sentirse a sí mismo hombre y como hombre. Desde entonces rompió radicalmente con la razón moderna, el positivismo y su proyecto de hacer filosofía sistemática al descubrir que ello no era lo que a él le llenaba. Su manuscrito *Filosofía Lógica* parece que está a años luz de las manifestaciones que expone en su *Diario íntimo*, cuando la realidad es que apenas pasaron poco más de diez años desde que la misma mano que rozase el papel para escribir el primer manuscrito también lo hiciese para redactar el segundo.

Primeramente, esbozaré la lucha interna que mantuvo entre su razón y su fe. Y, por muy contradictorio que nos parezca, entenderemos a la perfección este cambio de actitud en don Miguel, porque –como él bien lo demuestra con sus acciones y con la misión de sus escritos– basta que obremos con el corazón para que la mayor parte de las personas consigan ponerse en nuestra piel y nos terminen comprendiendo. De esta suerte nos adentraremos en su concepción de religión y resurrección de la carne, que nos hará determinar que la historia que nos une como cristianos es historia de amor.

Así pues, para poder asimilar en nuestra existencia el pensamiento unamuniano que se va a exponer en las siguientes páginas, por mucho que sea “pensamiento”, para poder comprenderlo, nos hemos de desprender en gran medida del aspecto racional y dejar avivar el sentimiento interior, aquel que brota desde el momento en el que somos conscientes de nuestra propia conciencia.

1. DIOS DEL AMOR Y DIOS DE LA RAZÓN: LA LUCHA UNAMUNIANA ENTRE LA FE Y LA RAZÓN

Mientras peregriné por los campos de la razón a busca de Dios, no pude encontrarle porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea, y fue entonces, cuando erraba por los páramos del racionalismo, cuando me dije que no debemos buscar más consuelo que la verdad, llamando así a la razón, sin que por

eso me consolara. Pero al ir hundiéndome en el escepticismo racional de una parte y en la desesperación sentimental, de otra, se me encendió el hambre de Dios, y el ahogo de espíritu me hizo sentir con su falta su realidad. Y quise que haya Dios, que exista Dios. Y Dios no existe, sino que más bien sobre-existe, y está sustentando nuestra existencia, existiéndonos.¹

Para don Miguel, nada tiene que ver la “Razón Suprema” con el “Amor Supremo” y, consiguientemente, tenemos que tener cuidado de no confundir al Dios lógico o racional con el Dios sentido o cordial. Al primero se accede por la razón, y al segundo por la fe cristiana y el amor.

El Dios lógico es la idea de Dios, el Dios de la razón, algo vacío y muerto. La filosofía tiene gran cabida en él, al ser el instrumento que ha tendido a definirlo y consecuentemente a convertirlo en idea. Unamuno considera incluso que se ha convertido en el Dios de la filosofía teológica, a saber, en un Dios que no es más que idea, pura abstracción lógica, impensable, porque en esencia nada es.

La idea de Dios es individual, cada hombre tiene la suya y con ella morirá. Esto implica que convertimos la divinidad de Dios en necesidad. Nos topamos, entonces, con el problema de que “en la necesidad de Dios perece su voluntad libre, es decir, su personalidad consciente”². Por este motivo estimo que Unamuno siente que es la razón una facultad negativa y limitadora, que por sí sola aniquila, al ser incapaz de abrirse al amor liberador, a la inmortalidad del alma humana.

Así también lo deduce, de hecho, Luis Andrés Marcos, quien sostiene que para don Miguel la razón tiene sus límites en su relación con la inmortalidad del alma, ya que ella misma no puede ser ni absoluta ni “el tribunal supremo desde el que toda realidad debe ser medida y juzgada”. Más aún, prosigue argumentado que “si todo lo destruye, [...] ella misma es destruida como absoluta y aparecerá como lo que es, como relativa o mejor, correlativa”. La razón se pone sus límites a sí misma por ser ella, en su libre desarrollo, aquella que alcanza la

1 UNAMUNO, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson R. Orringer. Madrid: Tecnos, 2005, p. 321. Esta cita corresponde al *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1911-1912) –de ahora en adelante *DSTV*–. La citada referencia a su etapa intelectualista o positivista también es señalada en su *Tratado del amor de Dios* –de ahora en adelante, se citará también con las siglas de *TAD*–: “Mis estudios y meditaciones de filosofía y teología me fueron llevando poco a poco al más radical fenomenalismo, y llegué a ser, con la razón, completamente ateo. Y entonces, cuando mi alma peregrinaba por los terribles páramos del intelectualismo, solía decir que no debemos buscar más consuelo que la [...] verdad, llamando verdad a la razón. Pero fui hundiéndome poco a poco en la íntima desesperación, en el abismo racional, en el sentimiento del vacío de todo lo existente, y del fondo mismo de la miseria surgió la verdad, el consuelo. [...] Creer en Dios es, en rigor, querer que Dios exista. Y Dios no existe, sino sobrexiste; un modo de ser que está fuera de nuestro alcance.” *TAD* (1905-1908), p. 526.

2 *DSTV*, p. 314.

destrucción total y no opta por ser instancia absoluta. De ahí que concluya que “el amor a la razón nos cancela el amor a la vida y el hambre de inmortalidad”³.

Con todo ello, fácilmente se percibe que para nuestro autor el Dios lógico o racional es un Dios inhumano, que no es persona y que no posee riqueza interior alguna. Ni sufre por nosotros ni nada anhela ni ama. No es más que una idea que no tiene realidad más allá de la mente de quien la concibe. Tampoco podemos olvidar que también somos nosotros, precisamente nuestra mente, quien crea a este Dios como “Razón impersonal y objetiva del Universo” y que se trata de una creación que se destruye a sí misma en nuestra propia mente, porque la concepción del Dios “Razón del Universo”⁴ deja de tener sentido alguno en el momento que intenta sustentarse por sí sola⁵.

Esto no significa que la idea de Dios no ayude al hombre a comprender el Universo. De hecho, es propiamente la creadora, en última instancia, del Universo⁶ mismo, pese a reducir la existencia del Universo a esa idea que se ha imaginado que es Dios. Intentamos explicar y justificar la existencia y esencia del mundo con ella. “Es la mecánica produciendo y rigiendo el movimiento, es la ley proyectada”⁷, en propias palabras de don Miguel. De manera que nuestro autor la concibe como idea clave para fundamentar el origen del Universo entero, aun tomándola como no más que una hipótesis, por lo que insta a reconocer su valor mientras no se consiga explicar tal misterio de otra forma mejor.

Ahora bien, de una idea impasible, de una pura idea, como él mismo observa, no puede fluir y vivir el mundo. El mundo no es solo idea, “vana apariencia, sombra de sombra”⁸, sino que es algo más. La idea de Dios solo obtiene valor en el preciso momento en que se utiliza para justificar la explicación de aquello que se trata de explicar, como es en este caso la existencia y esencia del Universo. Eso sí, sin olvidar, como confiesa, que “mi idea de Dios es distinta

3 Esta y las anteriores citas provienen de ANDRÉS MARCOS, Luis, «Miguel de Unamuno: ¿amor a la razón o razón de amor? Lectura *Del sentimiento trágico de la vida*». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*. [En línea], supl. 1, vol. 42, 2015, p. 246. DOI: <https://doi.org/10.36576/summa.39750> [Consulta: 8 feb. 2022].

4 Estas dos últimas expresiones provienen de DSTV, p. 330.

5 Unamuno apostilla al respecto lo siguiente: “Un Dios Razón, un Dios teórico o contemplativo, como es el Dios este del racionalismo teológico, es un Dios que se diluye en su propia contemplación.” *Ibid.*, p. 315.

6 A modo de curiosidad, según nuestro autor, “[...] el concepto más comprensivo y el menos extenso es el universo, que solo a sí mismo se aplica y comprende todas las notas existentes.” *Ibid.*, p. 323.

7 TAD, p. 524.

8 “[...] ¿]Qué tenemos con ese lógico y congelado *Ens realissimum, primum movens*, con esa entidad impasible y por impasible no más que pura idea? ¿Cómo queréis que fluya y viva el mundo de una idea impasible? No sería sino idea el mundo mismo, vana apariencia, sombra de sombra. [...]” *Ibid.*, p. 588. También se hace referencia a este asunto en DSTV, pp. 364-365.

de sí misma cada vez que la concibo”, dado que “nada hay que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su ser”⁹.

Tampoco se debe crear a un Dios para encubrir nuestra ignorancia, al mismo tiempo que de un hecho no se puede deducir la necesidad de la existencia del Creador. Dice Unamuno al respecto que “decir que el mundo es como es y no de otro modo porque Dios así lo hizo, mientras no sepamos por qué razón lo hizo así, no es decir nada. Y si sabemos la razón de haberlo así hecho Dios, este sobra, y la razón basta”¹⁰. Es decir, hemos de lanzarnos a buscar irracionalmente a Dios, sin hacer nunca alusión a la supuesta racionalidad de su ser y su creación. El hombre tiene capacidad de intuir algo del Dios sentido o cordial, del Dios del amor, pero no, a diferencia del Dios lógico, de hacerse sabedor de Él. Somos incapaces de determinar racionalmente qué y cómo es el Dios del amor. Probar y ratificar su existencia es irrelevante para asimilar su esencia, aun si siendo relevante para probar la existencia de la idea de Dios.

“Toda concepción racional de Dios es en sí misma contradictoria”¹¹, afirma don Miguel en *Del sentimiento trágico de la vida*. Incluso confiesa en su escrito “El mal del siglo” que “del Dios abstracto y lógico del intelectualismo de la Razón Suprema, no sé que no es sino la mera razón humana proyectada al infinito, no se saca vida, paz ni justicia”¹². La razón no nos prueba nada, ni que exista ni que no exista Dios. Nunca vamos a conseguir que nos pruebe o deniegue su existencia. Menos todavía nos ayuda en nuestra búsqueda espiritual, debido a que la búsqueda del Dios del amor y la asimilación de su ser en nuestra existencia es algo que escapa de ella. La razón solo materializa o mecaniza lo divino.

En cambio, el fondo vital, el fundamento mismo, del Dios sentido o cordial, del Dios del amor, es irracional. Solo se puede llegar al Dios del amor a través del sentimiento. De la fe que depositamos en Dios y del amor que Él demuestra por nosotros surge concretamente nuestro amor. Le amamos y nos ama, y por eso creemos en Él y le creamos. La conexión directa que el hombre experimenta con Él, especialmente en los momentos de “ahogo espiritual”, es la prueba capital de ser este Dios del amor una realidad inmediatamente sentida. Así don Miguel apuesta por que la auténtica divinidad sea la divinidad propia del Dios

9 Esta y la anterior cita provienen del *TAD*, pp. 576-577. Se recogen también en *DSTV*, p. 220.

10 *DSTV*, p. 312. Esta misma idea aparece, explicada de forma diferente, en *TAD*: “Decir que las [...] cosas son como son y no de otro modo porque Dios las ha hecho así, no es decir nada. Pues cabe preguntar[,] [¿]y por qué Dios las ha hecho así? Si nos dice[n] ese porqué, la razón por que las ha hecho como son y no de otro modo, esa razón basta y Dios sobra, y si no nos dan esa razón, Dios es explicación que nada explica porque exige a su vez ser explicado.” *TAD*, p. 523.

11 *DSTV*, p. 297.

12 ROBLES, Laureano, «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)» (1897). *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. [En línea], vol. 34, 1999, p. 124. <<http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753>> [Consulta: 8 feb. 2022].

sentido, “la divinidad sentida como persona y conciencia única fuera de nosotros”¹³.

El problema está en que una vez asimilada la divinidad sentida hacemos uso de la razón hasta que la convertimos en idea. No nos damos cuenta de que tal idea de Dios solo va a complacer pero no satisfacer nuestra necesidad vital de hallar explicación alguna sobre la existencia o esencia del Universo. Tenemos que intentar sobrepasarla y dejar que nuestro sentimiento se libere de la razón esclavizadora, para poder propiamente sentir al Dios del amor, al Dios que realmente anhelamos. Dios no es racional sino cordial. Su existencia no se demuestra con argumentos lógicos y tampoco su inexistencia. Las razones sobran cuando le sentimos, cuando tenemos experiencia personal de Él, de acuerdo también con lo que advertía Pascal en su famoso argumento de la apuesta¹⁴.

En mi opinión, la clave para poder entender la importancia que don Miguel le otorga a la necesidad de diferenciar entre el Dios lógico, racional, muerto e inhumano del Dios cordial, sentido, amoroso, vivo y humano se encuentra justamente en el calado personal y “personificante”¹⁵ de este último. La siguiente cita resume lo que nuestro autor cree que es necesario para reconocer y sentir verdaderamente al Dios del amor:

[...] Y la creencia en un Dios personal y espiritual se basa en la creencia en nuestra propia personalidad y espiritualidad. Porque nos sentimos conciencia, sentimos a Dios conciencia, es decir, persona, y porque anhelamos que nuestra conciencia pueda vivir y ser independientemente del cuerpo, creemos que la persona divina vive y es independientemente del universo, que es su estado de conciencia *ad extra*.¹⁶

Hemos de penetrar primero en nuestro interior y reconocer nuestra propia personalidad, para poder lanzarnos a buscar al Dios del amor. Solo si creemos en nosotros, en nuestra persona y espíritu, podremos creer y hallar una persona en los demás. Reconocer la propia conciencia en el cuerpo en el que habita nos ayudará también a reconocer la Conciencia del Universo, que no su estado de conciencia *ad extra*: el Universo mismo. Realizar todo este ejercicio individual, de saber qué concierne a qué, es crucial para dejar de creer en Dios por costumbre y empezar a buscarlo a través del amor y la fe.

El Dios cordial, el Dios vivo y de los vivos que aman, es el Dios que vivifica nuestro corazón, porque Él también es el Dios de la revelación interior. Como persona viva y conciencia plenamente divina que es, ajeno a ser mero concepto como el Dios racional, se puede comunicar con el hombre mediante ese amor

13 DSTV, p. 308.

14 Cfr. L. 418 (B. 233): “Infinito nada” en PASCAL, Blaise, *Pensamientos*. Edición de Mario Parajón. Madrid: Cátedra, 2008, pp. 163-168.

15 DSTV, p. 345.

16 *Ibid.*, pp. 296-297.

que Él desprende y su semejante recibe. El amor que se despierta en el interior del ser humano, de su corazón, le permite entablar un diálogo con Él, y desde Él relacionarse con la realidad.

Este Dios del amor por el que apuesta Unamuno es también voluntad. Es amor y es voluntad porque crea amorosamente de la nada el Universo entero, y sufre por y con toda su creación. Todo lo que sentimos y hacemos impulsados por nuestra voluntad es gracias a que Dios en nosotros sufre y obra, dado que la voluntad es fuerza íntima y esencial, lo divino en nosotros¹⁷. Y, a su vez, “lo divino es el amor, la voluntad personalizadora y eternizadora, la que siente hambre de eternidad y de infinitud”¹⁸.

La voluntad de Dios es la esencia de nuestra voluntad de persistir eternamente. Buscamos impulsados por el amor, y bajo el amparo del divino amor, la eternidad de nosotros mismos en Dios. Nuestra conciencia se mueve con amor en busca del Amor. Dios nos descubre vida y existencia en todo aquello con y en lo que convivimos. De modo que nos hace aspirar a que la conciencia propia se expanda y perpetúe en todo lo que ha sido creado, a serlo todo sin dejar de ser nosotros mismos, a ser el Universo, a descubrirle a Él y a su amor.

“Y el Dios cordial o sentido, el Dios de los vivos, es el Universo mismo personalizado, es la Conciencia del Universo”¹⁹, declara Unamuno. Su personalidad y su conciencia le caracterizan por ser el Amor que salva: redime las almas humanas para salvar la finalidad humana del Universo. Se trata de un “Dios inmortalizador” que redime las almas de la terrible nada, y que ayuda al hombre a comprender su existencia y sentido de la vida. Es, por tanto, el Dios del amor y el verdadero “Dios humano” porque es voluntad y persona gracias a que obra, crea, no razona lógicamente, ama y sufre de continuo por lo creado.

Asimismo, tenemos que tener presente que la fe religiosa supone amar pero también temer con amor a Dios. Creer en el Dios vivo, a diferencia de la creencia en la idea de Dios, supone vivirle con pasión, incertidumbre, desesperación, congoja y a la vez consuelo. Si bien el amor es la vía principal por la que se descubre al Dios del amor, ese amor está, al menos en sus inicios, cargado de temor²⁰.

El amor y la fe van a ser justamente los que nos revelen sentimental e imaginativamente al Dios vivo, de la misma forma que serán los que nos permitan

17 “[¿]Cuál es la fuerza oculta que produce el perpetuarse los organismos y el pugnar por persistir y propagarse? La selección, la adaptación, todo esto son condiciones externas. A esa fuerza íntima, esencial, se le ha llamado voluntad. Es lo que sentimos como voluntad en nosotros mismos; es el impulso a serlo todo, a ser lo demás sin dejar de ser nosotros. Esa fuerza es lo divino de nosotros, Dios que en nosotros obra porque en nosotros sufre.” *TAD*, p. 535. La misma idea se recoge en *DSTV*, pp. 293-294.

18 *DSTV*, p. 337.

19 *Ibid.*, p. 323.

20 Cfr. *TAD*, p. 540, y *DSTV*, pp. 349-350.

personalizarle. Ese Dios vivo, cordial y amoroso será descubierto por el hombre, concretamente por su alma, cuando su amor sea tan sumamente vivo que se desborde en Todo. Cuando un alma compadece y ama a Dios, ese compadecimiento y ese amor se revertirán a su favor.

De acuerdo con lo anteriormente explicitado, Unamuno estima que el Dios del amor y el hombre se crean mutuamente. Es este Dios del amor, y no el Dios racional, el verdadero Dios que se crea en los hombres y que crea a los hombres, dado que la creencia en el Dios del amor supone que recíprocamente Dios crea en ti y te cree ininterrumpidamente. Dios se revela en el hombre, y continuamente se está haciendo en el hombre y por el hombre, y el hombre, por su parte, es quien es y como es gracias a ser creado por Él. Va a ser el amor que demostramos hacia Dios lo que nos provea de tesón y vitalidad suficiente para dejarnos llevar por nuestro “hambre de divinidad”, y conseguir sentir, imaginarnos y darnos a la Conciencia Universal. De esta manera, el hombre puede intuir a ese único Dios colectivo y social a través de una compartida concepción personal, humana y universal que se erige mediante la fusión de las imaginaciones sinceras de las personas.

Será tal imaginación de la humanidad, de la que forma parte nuestra propia imaginación desde el momento en el que creemos en Dios y le creamos, de la que Él se retroalimenta en amor. La consulta que debe hacer cada uno a su interior, a su corazón, es capital para que de la mano de su fe y su imaginación llegue a descubrir al Dios del amor, su Dios, nuestro Dios. En este punto don Miguel parece seguir a Pascal, quien apostilla en sus *Pensamientos*, en el fragmento L. 424 (B. 278), seguramente siguiendo la estela de Agustín de Hipona, lo siguiente: “Es el corazón quien siente a Dios y no la razón. He aquí qué es la fe. Dios sensible al corazón, no a la razón”²¹.

El Dios en el que cada uno cree, sin necesidad de pensarle, sin intentar racionalizar su existencia, es el Dios que ha vivido contigo y en ti durante toda tu existencia. Es exactamente, según Unamuno, “tu principio de continuidad en la vida espiritual, porque es el principio de solidaridad entre los hombres todos y en cada hombre, y de los hombres con el Universo y que es como tú, persona”²². Tú eres la idea viva que Dios tiene de ti: una persona que necesita ser en sociedad para ser porque de lo contrario nada es²³.

Por consiguiente, don Miguel siente que el Dios cordial no es individuo sino muchedumbre. En torno a Él se crea un sentimiento de sociedad unitaria entre

21 PASCAL, Blaise, *Pensamientos*, p. 169.

22 DSTV, p. 334. Esta idea proviene del TAD, p. 558.

23 De acuerdo con Nelson Orringer, esta noción del hombre como idea en la mente de Dios procede de Berkeley, para quien ser es ser percibido y consecuentemente cobramos ser como percepciones de Dios. Nota a pie n° 89 del DSTV, p. 300, y nota a pie n° 94, p. 334.

los creyentes, lo que implica que la realidad inmediata de Dios, como Conciencia del Universo que es, sea sentida como espíritu íntimo de la sociedad.

Unamuno parte de la idea de que la fe en tres personas divinas –Padre, Hijo y Espíritu Santo– es lo que hace de Dios una sociedad. La personalidad de Dios envuelve a tres personas indivisibles que le hacen ser sociedad en sí mismo. La fe que nace del sentimiento y la imaginación en Dios, en el Dios del amor, vuelve a ser necesaria para salvar, en este caso, la personalidad múltiple de Él. Y todo ello porque nuestro autor cree que el dogma trinitario fue creado para salvar su personalidad divina.

No obstante, de acuerdo con don Miguel, la realidad nos incita a pensar que nos es imposible concebir racionalmente al Dios personal y vivo. Resulta inviable que la razón resuelva objetivamente el problema de la existencia de Dios. Se siente pero nunca se comprende la existencia del Dios cordial, del Dios del amor, una vez que nos hemos desprendido del Dios lógico o muerto así como de su consecuente persuasión racional, y nos hemos adentrado en el camino de fe. El Dios del amor solamente es conocido en tanto en cuanto es vivido, porque ya sabemos que, siguiendo a nuestro autor, se debe compadecer y amar algo previamente para conocerlo en su hondura.

Quedémonos, pues, con la idea de que el Dios del amor es la necesidad vital y uniforme de un colectivo de individuos de creer en un Dios que nos guía en la existencia, y nos consuela en nuestro deseo de más vida. “Crear en un Dios vivo y personal, en una conciencia eterna y universal que nos conoce y nos quiere, es creer que el Universo existe *para el hombre*”²⁴, concreta don Miguel.

Dicho esto, es importante pararse y reflexionar sobre esta cuestión que expone Unamuno: “¿Y no es natural que propendamos todos a creer lo que satisface nuestro anhelo?”²⁵. Es decir, ¿no tiene el hombre, por mero instinto de supervivencia, la querencia a creer en la existencia de eso que siente que puede satisfacer lo que anhela, lo que todavía le falta pero cree que de existir y poseerlo sobreviviría con mayor completitud? *A priori* se puede objetar que don Miguel siente que solo puede sosegar el Dios sentido y humano, el Padre Cristo²⁶, el Dios del amor, y no el Dios lógico, la congoja que supone la incertidumbre de no saber si nuestro ser es para siempre. Y todo ello porque, como indica en su escrito “El mal del siglo”,

[...] El corazón cristiano nos manifiesta al Dios Padre, al Dios personal y vivo[,] al Dios que es Amor y Amor paternal en cuya fe reposamos y nos vivificamos; la

²⁴ *Ibid.*, p. 338.

²⁵ *Ibid.*, p. 316.

²⁶ Unamuno siente que el sentimiento de la paternidad de Dios tiene mucho arraigo en el cristianismo porque los cristianos, apoyados en su fe, esperan en Cristo la exaltación de su “hambre de eternidad”. Cfr. *TAD*, p. 561, y *DSTV*, p. 360.

razón deísta acaba por anegar a Dios en el mundo y disolverlo. A Dios no se prueba ni se puede probar, se le siente. Dios no es racional, es cordial.²⁷

Así Unamuno indica en *Del sentimiento trágico de la vida* que el racionalismo deísta intuye a Dios como “Razón del Universo”, mientras que el vitalismo deísta lo hace como Conciencia, persona y sociedad de personas. Es menester rendirse a la vía del amor y el sufrimiento, dejando de lado la vía de la razón, para llegar hasta el verdadero Dios, el Dios de la fe cristiana. A fin de cuentas, “el conocimiento de Dios procede del amor a Dios, y es un conocimiento que poco o nada tiene de racional”²⁸.

Siguiendo la sombra de Platón, Agustín de Hipona y Pascal, Unamuno aboga por que el amor es la causa de todo debido a que Dios es Amor. Y por ello también es Dios, como Amor, el origen del conocimiento. El corazón dicta las normas a la razón para que haga uso del conocimiento en beneficio de la propia vida. Al final todo es cuestión de sentimiento, de fe, que necesita de la razón para crear vida:

[...] Por mi parte no quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón; quiero que se peleen y se nieguen entre sí, pues su combate es mi vida, y si me quitan mi vida ya no soy yo. No puedo creer que sean la razón y los sentidos nuestros solos medios de comunicarnos con la realidad eterna, creo que las entrañas del mundo se comunican en toque íntimo con nuestras entrañas y que la fe crea su objeto.²⁹

Esto es, la razón siempre contradice nuestro deseo de más vida, esa posibilidad que queremos que exista ante la desazón que nos produce pensar y sentir que nuestra conciencia va a desvanecerse cuando nuestro cuerpo fenezca. Mientras que “la razón es enemiga de la vida”³⁰, la fe nos abre nuevos horizontes desde los que dar sentido a nuestra existencia³¹. Queda, entonces, demostrado que, para Unamuno, nuestro corazón no queda satisfecho por razones y sí por sentimientos; especialmente por ese sentimiento que nos incita a crear, apoya-

27 ROBLES, Laureano, «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. [En línea], vol. 34, 1999, p. 124. <<http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753>> [Consulta: 8 feb. 2022].

28 DSTV, p. 319.

29 TAD, p. 576. Estas ideas provienen de UNAMUNO, Miguel de, *Mi confesión* (1904). Edición de Alicia Villar Ezcurra. Salamanca-Madrid: Sígueme-Universidad Pontificia Comillas, 2015. p. 31. También se recupera, pero sin la idea que se manifiesta en la última frase, en DSTV, p. 256.

30 DSTV, p. 220.

31 “Alguien podrá ver un fondo de contradicción en cuanto voy diciendo, anhelando unas veces la vida inacabable, y diciendo otras que esta vida no tiene el valor que se le da. ¿Contradicción? ¡Ya lo creo! ¡La de mi corazón, que dice sí, y mi cabeza, que dice no! Contradicción, naturalmente. [...]” *Ibid.*, p. 111.

dos en nuestra fe, incluso lo que *a priori* nos puede parecer imposible: al Dios del amor, el “Dios humano”, el “Dios inmortalizador”.

2. RELIGIÓN Y RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Don Miguel bien insiste en todo momento en que “el mundo todo existe por la conciencia y para la conciencia”³². Esto significa que somos conciencias que culminan en la Conciencia Universal que, como ya sabemos, es el Dios del amor. No estamos solos, todos formamos una unidad. Sentir el Universo conscientemente es sentirlo humanamente, ya que el sentimiento que nace de la concienciación es lo que permite percibir nuestra hermandad con Él.

Sentir y comprender todo lo que conforma nuestra existencia como conciencia es, para nuestro autor, la hondura de la espiritualidad o alma religiosa. El Dios del amor obra humanamente en el hombre y permite a este último sentir su propia personalidad consciente. Por su parte, la conciencia del hombre sostiene al alma religiosa, y la religión se caracteriza por humanizar y espiritualizarlo todo. Vivir religiosamente es, consiguientemente, hacerlo todo por amor a Dios, buscando hacer el bien por el ideal y no por instinto ni por carnalidad. La religión siempre va a estar en el fundamento de la moral. Es más, no hay religión que no obre eficaz y directamente en el espíritu³³, y no se reduzca al amor a Dios.

Existen muchas religiones diferentes pero un solo sentimiento religioso. Tal sentimiento une, aunque ocurre todo lo contrario con el pensamiento que surge de los conceptos religiosos a los que se tiende a reducir la propia religiosidad. La religión³⁴, según Unamuno, une íntimamente a los hombres entre sí, y es una anticipación de la vida divina gracias a la que sentimos la dependencia del Espíritu personal y universal³⁵. Se trata del “anhelo de no morirse y la fe en la inmortalidad, sea la que fuere nuestra conducta aquí, en la tierra”³⁶ y, por ende, del intento de relacionar el espíritu individual con el universal. En definitiva, tal y como señala en una nota inédita que he localizado en la Casa-Museo Una-

32 TAD, p. 618.

33 Cfr. UNAMUNO, Miguel de, “Los naturales y los espirituales” (1905) en *Obras Completas*. Vol. I. *Paisajes y ensayos*. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, 1966, p. 1218 –de ahora en adelante, las *Obras completas* se citarán como OC–.

34 Como apunte señalo que está presente en don Miguel la concepción que Schleiermacher tiene sobre la religión, especialmente la vinculación que proclama con el sentimiento de dependencia del deseo de establecer relaciones con un ser más perfecto. Cfr. TAD, p. 614; DSTV, pp. 304-305, 381-382.

35 “¿Qué es la religión aquí, en la tierra, sino una anticipación de esa vida divina, un sentimiento de esa dependencia del Espíritu personal y universal a la vez?” TAD, p. 613. Asumo que el Espíritu personal y universal del que habla es la Conciencia Universal que todo lo abarca, y que también es espíritu como conciencia que es.

36 *Ibid.*, p. 622.

muno de la Universidad de Salamanca, y que fue archivada en la carpeta “Notas del Tratado del amor de Dios: un ensayo de Filosofía de la muerte”, “el fondo de la religión es que el hombre no quiere morir, no se resigna a la muerte, se revuelve contra la realidad y la necesidad. La religión es revolución, resistencia.”³⁷

Don Miguel no cree que nuestra conducta moral en la vida terrenal condicione la calidad de vida que lleguemos a tener en el mundo ideal. No cree en los premios y castigos *post mortem* por culpa de haber obrado bien o mal. La moral depende de la religión, pero no la religión de la moral. La inmortalidad del alma siempre será el corolario de nuestra fe y del amor a Dios que surge desde nuestro deseo sincero de acceder a Él.

Quizás esta convicción de que la religión no depende de la moral, y que consecuentemente nuestra inmortalidad tampoco depende de la conducta moral que hayamos tenido en nuestra vida terrenal, esté relacionada con su miedo a la nada. A veces equipara el infierno con el hecho de sentir y palpar espiritualmente la nada en virtud de encontrarse aislado de Dios. Y otras veces advierte que la nada le ha parecido mucho más aterradora que las descripciones de las torturas del infierno desde su fe ingenua de juventud³⁸. En este último caso nos deja entrever que el infierno de las torturas que se suele describir sigue siendo vida, pues en él se seguirá conservando nuestra vida en el dolor y el sufrimiento que nos provoquen los horrores que allí se experimenten. De modo que el infierno sería para él tener como única perspectiva la nada y no tener ninguna posibilidad de salvación. Sin embargo, como gran enamorado de la vida que es, le resulta imposible creer en una “eternidad de pena”³⁹ en la que se siga conservando la existencia, lo que le lleva a rebelarse contra esa fe en el infierno que le parece un “absurdo moral”⁴⁰.

37 CMU, 68/15, p. 127 (nota inédita).

38 “[...] Y aquí he de confesar, por dolorosa que la confesión sea, que nunca en los días de mi fe ingenua me hicieron temblar las descripciones de las torturas del infierno y sentí siempre ser la nada mucho más aterradora que él. [...]” TAD, pp. 569-570. La misma idea la recoge en UNAMUNO, Miguel de, *Mi confesión*, p. 25; DSTV, p. 151.

39 DSTV, p. 152.

40 “Por el infierno empecé a rebelarme contra la fe, lo primero que deseché de mí fue la fe en el infierno, como un absurdo moral. / Mi terror ha sido el aniquilamiento, la anulación, la nada más allá de la tumba. ¿Para qué más infierno?, me decía. Y esa idea me atormentaba. En el infierno –me decía– se sufre, pero se vive y el caso es vivir, ser, aunque sea sufriendo. / Ese temor a la nada es un temor pagano. Dame, Dios mío, fe en el infierno. ¿Le hay? Si llego a creer en él, es que le hay. / ¡Inmenso misterio el del infierno! ¡Un dolor eterno! Pero es un dolor que fuera del doliente no es nada positivo; un dolor que glorifica al Señor. Es un misterio terrible y acaso la piedra de toque de la verdadera fe. / Debemos creer en el infierno; he aquí todo. ¿Le hay? Debemos creer en él y cuando en él creamos le habrá. Y si creyendo en él le hay y, debemos creer en él, es que debe haberlo. / Las impenetrables tinieblas de ultratumba para nuestra luz natural, para nuestra razón, deben ser la luz sobrenatural, la verdad de nuestra vida. / Una vida que es pura tiniebla y muerte continua y disolución de siempre, siempre, siempre, siempre, siglos de siglos y más siglos.” UNAMUNO, Miguel de, *Diario*

Dicho todo esto, si le preguntáramos a don Miguel cuál sería su religión, encontraríamos la respuesta en su escrito *Mi religión*:

Y bien, se me dirá, ‘¿cuál es tu religión?’ Y yo responderé: ‘Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible –o Incognoscible, como escriben los pedantes–, ni con aquello otro de ‘de aquí no pasará’. Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y en todo caso quiero trepar a lo inaccesible.⁴¹

Unamuno vive en lucha y quiere creer. A mi juicio, pretende expresar de forma clara que la religión puede llegar a ser la sabiduría que guía nuestra existencia para ser capaces de entregar nuestra vida a Dios y acceder a Él. Únicamente es posible sentir y comprender la religión cuando se hace de forma concreta en una religión, en su caso el cristianismo. Solo así podrá uno tener conciencia de su vida y vivir acorde con ella.

Según él, los europeos cultos somos cristianos porque nos toca vivir el cristianismo a través de la sociedad en la que vivimos. Nacemos en una sociedad cristiana y heredamos de ella nuestra voluntad. Y es que la voluntad no es individual sino social y tradicional, colectiva y heredada, y la voluntad social hereditaria es cristiana, dado que ha evolucionado sus anhelos en el cristianismo. Nuestro autor siente que su corazón le hace tender al cristianismo, y su insaciable deseo y fe en la otra vida, su demostrado respeto y amor por el nombre de Cristo, así como su creencia en que la resurrección de Cristo es el fundamento de la fe cristiana se lo corroboran.

Las siguientes dos notas inéditas localizadas en la Casa-Museo Unamuno, y que pertenecen a la carpeta “Notas del ‘Tratado del amor de Dios: un ensayo de Filosofía de la muerte’”, son un ejemplo claro de que don Miguel luchó de forma incesante por mantener vivo ante cualquier duda y desazón vital su amor a Dios, buscando siempre cobijo bajo las alas del cristianismo:

íntimo (1897-1902) en OC VIII, pp. 793-794. Pertenece al “Cuaderno Primero”. Más adelante, don Miguel vuelve a exponer su temor por la remota posibilidad de que el infierno sea peor que la nada, es decir, que se convierta en “una eternidad de soledad” en la que la única “eterna compañía” que tengamos sea la de nuestra “propia nada”. *Ibid.*, p. 811. Pertenece al “Cuaderno Segundo”. Tal y como se puede apreciar, todo lo desarrollado en *Mi confesión*, *TAD* y *DSTV* sobre este asunto surge sobre la base de sus reflexiones en el *Diario íntimo*.

41 UNAMUNO, Miguel de, “Mi religión” (1907) en OC III, p. 260.

Amor de Dios

No puede afirmarse nada que valga la pena de ser afirmado, nada esencialmente vital y eterno, sino irracionalmente, pues la razón no es dogmática sino crítica.

[...] O Dios hecho hombre, mortal, sufrió pasión y muerte y resucitó para hacernos dioses, inmortales, o todo es mentira. Mentira, sí, porque la nat<uraleza>⁴² piensa una cosa y nos dice, es decir, nos hace anhelar otra.⁴³

En esta primera nota, Unamuno muestra que es imposible encontrar una solución razonable a nuestra incertidumbre religiosa. El diálogo con nuestro corazón será nuevamente la clave para descubrir lo que sentimos por Dios. Seremos incapaces de afirmar y razonar algo lógico sobre este asunto vital y eterno, ya que su justificación es irracional. Además, se nos expone su necesidad de creer en el Dios hecho hombre que vivió y sufrió por nosotros el acontecimiento de la muerte para después resucitar y poder acompañarnos en nuestra salvación.

La demostración de la recién mencionada necesidad vital de creer en el Dios hecho hombre se aprecia mejor en esta segunda nota, donde destaca la importancia del dogma de la resurrección de Cristo en la religión cristiana a la luz de la creencia en la inmortalidad del alma humana:

Amor de Dios

Cristianismo. Su dogma central <es> la resurrección de Cristo y su sacramento central la eucaristía, pan de inmortalidad. ‘Si Cristo no resucitó etc<.>’ El que no cree en la resurrección no es cristiano; es filócristo a lo sumo. Yo quisiera que hubiese resucitado pero no logro creer en ello. La resurrección es la garantía histórica de nuestra inmortalidad y yo no me resigno a ser mortal.

No se trata de si estoy o no convencido de la inmortalidad, es que no comprendo al que aun estando convencido de que no la hay se resigna a ello. <¿>Pues qué va a hacer? <i>Qué, desesperarse! <¿>Y qué adelanta con desesperarse? No se trata de si adelanta o no algo. Nada adelanta con quejarse el que siente un dolor, pero se queja. Y si no se queja no le tomo por valiente sino por insensible. Y <el> que se resigna a morir del todo no me parece hombre. [...]’⁴⁴

Bajo el rótulo del “Amor de Dios”, don Miguel encara nuevamente en esta nota su miedo a ser mortal. Para él, el cristiano es quien cree en la inmortalidad personal de Cristo y se siente por ello anegado en la creencia de su propia inmortalidad personal así como en la de los demás. Sentir firmemente que Dios se hizo hombre y que Cristo es persona inmortal porque sigue viviendo una vez

42 Abr. «naturaleza».

43 CMU, 68/15, p. 33 (nota inédita).

44 *Ibid.*, p. 132 (nota inédita).

padecido, muerto y resucitado es lo que nos consuela ante el sufrimiento vital al que estamos expuestos por haber nacido en este mundo terrenal. Este hecho es lo que nos garantiza nuestra “deificación”⁴⁵.

Nos encontramos, entonces, con una prueba de que tanto el amor a Dios como el amor de Dios son un catalizador de vida en la filosofía unamuniana. No se puede esperar menos de un Dios que se hizo hombre para expresar en carne y hueso a la humanidad el siguiente mensaje que el mismo Unamuno tuvo muy presente en su crisis espiritual, tal y como nos deja ver en su *Diario íntimo*:

[...] Y Jesús, el que en la cruz exclamó: ¡Tengo sed! Sed de amor y de adoración y de justicia, nos pide de beber diciéndonos: dame de beber. Quiere que le demos nuestro amor, que le estudiemos, pero con amor, no como a vana curiosidad, sino como a principio de vida de sencillos y humildes. [...] ⁴⁶

Jesús suplicaba que le diésemos nuestro amor, de forma sencilla, de forma humilde, justo cuando estaba a punto de morir crucificado. La historia que nos une como cristianos es historia de amor. El cristianismo se vive en y desde el amor fraterno, y nos ayuda a vivificar nuestra esperanza de una vida futura cimentada en amor. Considero que este hecho es lo que suscita que don Miguel ponga todas sus esperanzas en el cristianismo, y asuma la resurrección de Cristo como el vivo ejemplo de la posible inmortalidad del alma humana. Así también mejor descubre que la fe es una cuestión de relacionarse amorosamente con un Tú, que es Dios, quien también nos ama porque en Él confiamos.

En otro orden de cosas, Unamuno sostiene que toda religión tiene su origen histórico en el culto a los muertos. Se trata de “la forma primitiva del ansia espiritual de perpetuación”⁴⁷, buen reflejo de la necesidad que siente el hombre de eternizar su conciencia. Este matiz le lleva a advertir que más que de culto a los muertos habría que hablar del culto a la inmortalidad.

El epicentro y la fuente de conservación de las religiones confluyen en el cuidado de las almas de los cuerpos ya fallecidos por su posible inmortalidad. Nuestro autor califica al hombre de “animal guarda-muertos”⁴⁸, ya que solo él

45 “[...] era menester que Dios, el Dios productor y producto de la inmortalidad, se hiciese hombre, padeciese, muriese y resucitase para garantía de la fe en la resurrección de nosotros los hombres que nacemos, padecemos y morimos, para garantía de nuestra deificación. Dios se hizo hombre para hacer al hombre dios. [...]” TAD, p. 626.

46 UNAMUNO, Miguel de, *Diario íntimo* en OC VIII, p. 870. Pertenece al “Cuaderno Cuarto”.

47 TAD, p. 614.

48 *Ibid.*, p. 567. Esta expresión también la recupera en DSTV, p. 147. No obstante, tanto la citada expresión como la idea en la que desarrolla su concepción del hombre como “animal guarda-muertos” proviene de *Mi confesión*, de la nota “(11)” que tiene llamada en el manuscrito y que fue archivada en la carpeta “Notas del Tratado del amor de Dios: un ensayo de Filosofía de la muerte” (CMU, 68/15). Cfr. UNAMUNO, Miguel de, *Mi confesión*, p. 58.

es capaz de almacenar y amparar el cuerpo muerto de sus seres queridos gracias a su fe en la perpetuación de las conciencias en otra vida ajena a este mundo terrenal. Efectivamente, el hombre guarda a sus muertos porque teme la aniquilación de su conciencia y espera la existencia de una realidad diferente a la que conoce.

En relación a esto, Unamuno expone la siguiente anécdota digna de mención:

He oído contar de un pobre segador muerto en un hospital que al ir el cura a unirlo en extremaunción se resistiría a abrir la mano derecha en que aferraba una moneda, sin acordarse de que una vez muerto su mano no sería ya suya. Así hay muchos que en vez de la mano cierran el espíritu queriendo guardar en él al mundo. [...] ⁴⁹

Esta anécdota aparece tal cual en su texto “El mal del siglo”, escrito en 1897. También la recoge en su *Diario íntimo*, sin mencionar que de un segador se trataba y añadiendo el siguiente matiz: “No veía el pobre que una vez muerto su mano no sería ya suya, sino de la tierra”⁵⁰. A continuación, sobre 1904, volvemos a encontrarla en *Mi confesión*, donde detalla que el segador no contenía una sino varias sucias monedas, omite por completo la apreciación de que la mano del segador una vez muerta sería de la tierra y sustituye la palabra “espíritu” por la de “corazón”⁵¹. En su *Tratado del amor de Dios*, escrito entre 1905 y 1908, hallamos otra nueva variación: ahora don Miguel especifica que el segador que se resistía a abrir su diestra por guardar en ella unas monedas no se percataba de que “una vez muerto no sería su mano ya suya ni él de sí mismo”⁵². Por último, en su *Del sentimiento trágico de la vida*⁵³, publicado por vez primera entre 1911 y 1912 como una serie de doce artículos en la revista *La España Moderna*, no se localiza ninguna variación con lo dicho en su *Tratado*.

Este ejemplo nos sirve no solo para apreciar la evolución del pensamiento de Unamuno a través de su forma de exponer la anécdota en sus diferentes escritos, sino también como muestra de que espera tanto que nuestra alma perdure tras la muerte como que nuestra carne resucite. El pobre segador que no piensa en nada distinto que en proteger con su cuerpo las monedas, sin tener certeza alguna de lo que ocurrirá con su alma y con su carne una vez haya vivido

49 ROBLES, Laureano, «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. [En línea], vol. 34, 1999, p. 126. <<http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753>> [Consulta: 8 feb. 2022].

50 UNAMUNO, Miguel de, *Diario íntimo* en OC VIII, p. 856. Pertenece al “Cuaderno Cuarto”.

51 Cfr. UNAMUNO, Miguel de, *Mi confesión*, pp. 22-24. Además, a diferencia del resto de escritos, don Miguel matiza en *Mi confesión* que el segador era de procedencia gallega.

52 TAD, p. 568.

53 Cfr. DSTV, p. 149.

el acontecimiento de la muerte, nos invita a pensar que esa manera de actuar es propia de quien se resiste a partir y separarse de este mundo terrenal.

Solo cuando nos percatemos de que somos seres limitados y nos atrevamos a mirar cara a cara de la Esfinge, abriremos el espíritu, el corazón, para “guardar en él al mundo”, a saber, a Dios. Todo lo material se queda en este mundo terrenal una vez que morimos, pero no nuestro espíritu y nuestra carne. De ahí que Unamuno sentencie que “una vez muerto no sería su mano ya suya ni él de sí mismo”, puesto que tanto nuestro cuerpo como nuestra alma pasarán a ser en Dios cuando hayamos fallecido –o a ser de la tierra, como afirma en *Diario íntimo*, porque nuestro cuerpo es enterrado para realizar el tránsito a ser en Él una vez que morimos–. Pasar a ser en Dios significa vivir en la eternidad, lo que es igual a ser “yo mismo mío”⁵⁴. Es decir, yo mismo soy mío únicamente en tanto en cuanto soy eterno; luego somos más nuestros en la eternidad que en la vida terrenal.

Por consiguiente, de acuerdo con don Miguel, la ascunción de nuestra muerte es lo que nos revela a Dios, y la necesidad de Dios se nos impone cuando la muerte llega a nuestra vida. La resurrección de la carne y la inmortalidad del alma humana culminan con la presencia divina en la eternidad. Una cosa es el cuerpo del hombre y otra su alma, pero todo ello unificado es lo que nos hace ser y somos –como se aprecia en el ejemplo del segador moribundo–. Nuestro autor siente que su alma sustenta su ser, de la misma forma que también lo sustenta su cuerpo. La muerte no es el abandono de posesión ni de nuestra alma ni de nuestro cuerpo; la muerte es entrega de todo nuestro ser a Dios. Seguiremos siendo nosotros, pero en Dios⁵⁵.

CONCLUSIONES

Para Unamuno, el terror que nos invade a que nuestro yo, nuestro ser, quede en el olvido, nos hace aferrarnos a la probabilidad de que nuestro recuerdo se perpetúe, al menos, en la conciencia eterna y universal del Dios del amor. Esta preocupación recae en la incertidumbre de la pervivencia sustancial de nuestra alma. Luego para poder sentir que Dios es quien nos guía en la vivencia de nuestra existencia y quien salva nuestra conciencia, nuestra alma humana, de

54 “[...] Ni de mi materia ni de mi fuerza me inquieto, pues no son mías mientras no sea yo mismo mío, esto es, eterno. [...]” *Ibid.*, p. 156. Se trata de una idea que recoge del *TAD*, donde no termina de especificar directamente que ser eterno significa ser yo mismo mío, pese a que sí sea sencillo deducirlo gracias al planteamiento que presenta. Cfr. *TAD*, p. 573.

55 Huelga destacar que don Miguel ofrece una visión complementaria y algo diferente a la que presento en estas páginas sobre la cuestión de la resurrección de la carne y la inmortalidad del alma en *La agonía del cristianismo*, cuya redacción finaliza en 1924. No he reparado en la evolución posterior que tuvo a *DSTV* sobre estos asuntos debido a que ya existe mucha bibliografía secundaria al respecto.

la nada, de la mortalidad que disipa nuestro ser, se requiere del amor. Bien insiste nuestro autor en que “el amor es un contrasentido si no hay Dios”⁵⁶.

De modo que la lucha incesante entre nuestra razón y nuestra fe tendrá como consecuencia favorable que nuestra incertidumbre vital se mantenga y no cese. La disputa de continuo entre la propia fe y la propia razón es vida para don Miguel. De ahí que sea consecuencia favorable tener que vivir sobre la incertidumbre vital de la posible inmortalidad de nuestra alma, ya que es esa incertidumbre lo que nos da vida.

Unamuno autoriza a la razón para ofrecernos una especie de estabilidad aparente, pero la desautoriza completamente por su incapacidad de abrirse a la revelación de la vida. De esta suerte sostiene que la verdad de la vida se siente y se vive, pero no se comprende. Ahora bien, él no se resiste a que la razón deje de tener cabida en su vida, dado que es obvio que es imposible conocer sin hacer uso de ella. Lo que desea es que su fe y su capacidad de raciocinio se aúnen para dar realidad, y no apariencia, a su existencia. Así concluye en nota inédita:

[...] No se debe buscar conciliación entre la religión y la ciencia, la fe y la razón. Una y otra solo son verdaderas en cuanto se niegan mutuamente. Querer conciliarlas es querer matarlas. La vida es contradicción última. [...] ⁵⁷

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLA MAESO, María José, *Dios y la inmortalidad. El mundo religioso de Unamuno*. Estella: Verbo Divino, 1997.
- ABELLÁN, José Luis, *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología. Una interpretación de Unamuno desde la psicología individual*. Madrid: Tecnos, 1964.
- AGÜERO, Eduardo de, *El pensamiento filosófico-religioso de Unamuno*. Nueva York: The American Press, 1968.
- ANDRÉS MARCOS, Luis, «Miguel de Unamuno: ¿amor a la razón o razón de amor? Lectura *Del sentimiento trágico de la vida*». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*. [En línea], supl. 1, vol. 42, 2015, 241-255. DOI: <https://doi.org/10.36576/summa.39750> [Consulta: 8 feb. 2022].
- APARICIO MARCOS, Arrate, “Los fundamentos de la filosofía de la intersubjetividad en la obra de Miguel de Unamuno: más allá del sentimiento trágico de la vida”. En: PAREDES MARTÍN, María del Carmen; BONETE PERALES, Enrique (Eds.), *La filosofía y el amor*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2020, 85-91.

56 DSTV, p. 302.

57 CMU, 68/15, p. 127 (nota inédita).

- BONETE PERALES, Enrique, «Unamuno: el anhelo de inmortalidad como eje de la conducta moral». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*. [En línea], núm. 15, 1988, 327-342. DOI: <https://doi.org/10.36576/summa.869> [Consulta: 8 feb. 2022].
- CEREZO GALÁN, Pedro, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Trotta, 1996.
- FERNÁNDEZ TURIENZO, Francisco, “El sentimiento trágico de Unamuno: Historia del texto y dialéctica de la razón y la fe”. En: GÓMEZ MOLLEDA, María Dolores (Ed.), *Actas del Congreso Internacional Cincuentenario de Unamuno. 10-20 diciembre 1986*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989, 291-315.
- GARCÍA NUÑO, Alfonso, *El problema del sobrenatural en Miguel de Unamuno*. Madrid: Encuentro, 2011.
- MEYER, François, *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid: Gredos, 1962.
- PAREDES MARTÍN, María del Carmen, «Saber y creer en *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. [En línea], vol. 30, 1995, 91-103. <<https://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1529>> [Consulta: 8 feb. 2022].
- PASCAL, Blaise, *Pensamientos*. Edición de Mario Parajón. Madrid: Cátedra, 2008.
- RIVERA DE VENTOSA, Enrique, *Unamuno y Dios*. Madrid: Encuentro, 1985.
- ROBLES, Laureano, «El mal del siglo (texto inédito de Unamuno)». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. [En línea], vol. 34, 1999, 99-131. <<http://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1753>> [Consulta: 8 feb. 2022].
- SECCHI, Mario, «La filosofía de Unamuno: implicaciones y derivaciones místicas». *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. [En línea], vol. 33, 1998, 81-94. <<https://revistas.usal.es/index.php/0210-749X/article/view/1693>> [Consulta: 8 feb. 2022].
- SEGARRA, Rodrigo, “Razón y fe: de enemigos imprescindibles (Unamuno) a enemigos ausentes”. En: FLÓREZ MIGUEL, Cirilo (Coord.), *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2000, 455-465.
- TANGANELLI, Paolo, *Unamuno fin de siglo. La escritura de la crisis*. Pisa: ETS, 2003.
- UNAMUNO, Miguel de, *Obras completas*. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, 1966-1971.
- Vol. I. *Paisajes y ensayos*, 1966.
 - Vol. III. *Nuevos ensayos*, 1968.
 - Vol. VIII. *Autobiografía y recuerdos personales*, 1970.
- _____, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson R. Orringer. Madrid: Tecnos, 2005.
- _____, *De la desesperación religiosa moderna*. Edición y traducción de Sandro Borzoni. Madrid: Trotta, 2011.
- _____, *Mi confesión*. Edición de Alicia Villar Ezcurra. Salamanca-Madrid: Sígueme-Universidad Pontificia Comillas, 2015.
- ZAMBRANO, María, *Unamuno*. Barcelona: Debate, 2003.

